

LA MEDICINA MEXICANA EN EL PERIODO ROMANTICO

I

EL PENSAMIENTO MEDICO MEXICANO DEL PERIODO ROMANTICO¹

DR. GERMÁN SOMOLINOS D'ARDOIS²

EL ROMANTICISMO es, con seguridad, una de las situaciones ideológicas de la humanidad más difíciles de precisar cronológicamente. Existen prerrománticos tan identificados con sus principios como los más notables representantes del movimiento en su años de esplendor, y muchos años después de extinguido el pensamiento romántico, sustituido por nuevas tendencias filosóficas o artísticas, podemos encontrar literatos, filósofos e incluso hombres de ciencia cuyos actos encajan dentro del más ortodoxo sentimiento romántico.

Esta imprecisa limitación del conjunto de fenómenos comunes al romanticismo obliga al historiador a fijar, en forma arbitraria, situaciones o momentos capaces de servir de marco al periodo romántico. No siempre aceptados en forma unánime ya que: ni todos los aspectos del romanticismo coinciden en

su desarrollo ni son simultáneos en todos los países. Además dentro del concepto *romanticismo* se agrupan enlazadas muchas diferentes tendencias, de índole muy diversa, que dominan toda la etapa de su desarrollo dando lugar a una nueva forma de vida humana, la cual, según frase de Julián Marías, constituye, dentro de la historia: "uno de los modos de ser hombre, porque los hombres han pasado".¹

En general para el hombre culto medio, el romanticismo es más bien un *estilo*, —literario o artístico—, que predominó durante cierta época de la evolución de la humanidad. Concepto perfectamente aceptable ya que lo primero con que tropezamos al estudiar este movimiento es la presencia de un romanticismo literario, aparente, visible, que llega a las grandes masas. Y resulta preciso profundizar en su conocimiento para llegar a descubrir la existencia de otro romanticismo más circunscrito, encerrado en el círculo de la evolución del pensamiento o del laboratorio del

¹ Trabajo de sección presentado en la sesión ordinaria del 23 de julio de 1969.

² Académico numerario.

investigador donde se obtendrán frutos notables para el desarrollo posterior de las disciplinas científicas y filosóficas.

El romanticismo aparece como reacción contra el sentido utilitario y razonante desarrollado en el siglo XVIII. Frente al raciocinio, la máquina, el instrumento y la razón, oponen los románticos el sentimiento que reafirma el propio yo como única potencia personal e intransferible del que lo siente. De aquí la enorme crisis social y política desencadenada durante el periodo romántico y la necesidad de crear el liberalismo, única forma de pensamiento en que la inspiración personal puede actuar libremente.

El romántico rehuye el modelo ilustrado, rechaza el neoclásico, en todas sus manifestaciones y quiere volver al pasado, a la Edad Media gótica y románica, al viejo castillo en ruinas, al país exótico y al romancero de los heroes que defendían débiles damas en torneos caballerescos.

Frente al razonamiento dieciochesco, la mentalidad romántica toma dos actitudes, la idealista orientada por Kant y desarrollada por Hegel, y el sensualismo de Condillac que, al subrayar el acto de conocer como única y auténtica realidad, termina evolucionando en el positivismo comtiano.

No tendría objeto lanzarnos a describir la historia romántica en sus aspectos literarios o artísticos. Está bien estudiada por profundos conocedores del tema. Desde sus comienzos, con Walter Scott, Novalis, Beethoven, Chateaubriand o Moratín hasta los que

como Stuart Mill, Schumman, Musset, Chopin, Espronceda, Larra o Zorrilla actúan en los años postreros del movimiento, existe una continua corriente de actividad romántica que abarca cuatro generaciones en el transcurso de los cincuenta primeros años del siglo XIX.

En cambio, es muy interesante penetrar en el otro aspecto del romanticismo para tratar de conocer su influencia en el desarrollo de la filosofía y de la ciencia que corresponden, precisamente, a esos mismos cincuenta primeros años del siglo, lapso al cual todos los historiadores están de acuerdo en considerar como el momento romántico por excelencia.²

Ya hemos señalado las dos directrices intelectuales que orientaron el romanticismo. El idealismo de Hegel y el positivismo de Comte. Su influencia en la ciencia es notoria. Nunca intervino Hegel directamente en la evolución científica o médica pero encontró en Schelling un orientador para la medicina alemana dentro de los lineamientos de la *Naturphilosophie*, cuyos principios condensados en el "sistema de la identidad", no podemos desarrollar en el tiempo reglamentario de que disponemos, pero que sirvieron, —y sólo presentaremos dos ejemplos—, como concepciones rectoras de la investigación microscópica que permitió a Schleiden y Schwann construir una nueva anatomía general basada en la idea de "la célula", origen de la teoría celular y base posterior de uno de los cambios de concepción científica mas trascendentales producidos durante el siglo XIX, cuando Virchow enunció su pato-

logía celular. A su vez esta *Naturphilosophie* es la directriz de la fisiología de Johannes Müller, obra gigantesca y decisiva en el conocimiento del funcionalismo humano durante el primer tercio del siglo pasado.

Tampoco Condillac intervino directamente en la medicina. Son su sistema filosófico y sus ideas las que influyen directamente sobre figuras de la talla de Pinel y, sobre todo, con mayor trascendencia y resultados mas decisivos en Bichat, el cual, al redactar su *Anatomie générale*, afirma querer unificar en su texto "el método experimental, el vitalismo, el análisis sensualista de Condillac y el pensamiento científico-natural". Bichat, modifica de raíz los conceptos anatómicos al establecer el concepto y la clasificación de lo que él llama "membranas", —en realidad nuestros actuales tejidos—. Su trascendencia, en rápida síntesis tenemos que buscarla; en el campo fisiológico, a través de Magendie y su discípulo Claudio Bernard, y en el clínico en la figura de Laennec, donde queda incluido su antecesor Corvisart y la extraordinaria escuela anatomoclínica de ellos derivada.

En 1832, aparecen los primeros capítulos del *Cours de Philosophie positive*, de Augusto Comte, donde el sensualismo y el análisis sensorial de los fenómenos aparecen convertidos en un cuerpo de doctrina perpetuado durante muchos años, y con evidentes modificaciones, bajo el epígrafe general del positivismo. Prescindo de repasar el mismo proceso romántico en medios como Inglaterra y Austria donde aunque se siguen igua-

les lineamientos, no existen diferencias tan netas como las aparecidas entre Francia y Alemania pues evolucionan en situaciones intermedias entre ambas tendencias.

Después de esta rápida e incompletísima visión de lo que el romanticismo y sus tendencias produjo en la medicina de su época, repasaremos la influencia y el desarrollo que estos mismos principios ideológicos tuvieron en la evolución de la medicina mexicana.

En primer lugar México no pudo incorporarse al movimiento romántico hasta después de consolidada la Independencia. Muchos de los principios románticos, principalmente los de tipo antropológico, tenían repercusiones religiosas inevitablemente opuestas con la inflexible ortodoxia inquisitorial. La *Antropología* de Kant, y —conste que cuando digo antropología me refiero al estudio del hombre en su conjunto y en todos sus aspectos— ya había especificado que el hombre debe actuar física y moralmente como si fuese Dios, Hegel y Schelling, todavía mas agnósticos, afirmaron que el hombre es "semidios en acto y pleno Dios en potencia". Estas ideas, desarrolladas por otros muchos filósofos como Schelling, les lleva a aceptar la *creencia en la capacidad creadora del hombre*, idea totalmente inadmisibles para un espíritu educado en la tradición católica española, pero que tenía, a su vez, como soporte material el hecho incontrovertible de la síntesis de la urea, efectuada por Wöhler en 1828 y la del ácido acético obra de Kolbe, quince años después.

No fue ésta la única, pero sí la mas

importante de las causas de oposición al romanticismo por parte de los gobiernos que regían España y por lo tanto México. El sentimiento liberal, inevitablemente unido a la lucha por independizarse de la metrópoli, y otras muchas causas políticas e ideológicas impiden, —por lo menos de manera abierta y clara—, que México reciba ideas románticas durante todo el primer tercio del siglo XIX.

En esos años, son espíritus inquietos, estudiosos y algunas personalidades selectas, ávidas por conocer la realidad del pensamiento y de la filosofía en el mundo, quienes logran introducir en el ambiente mexicano libros e ideas suficientes para preparar el grupo que, una vez establecida la independencia, tendría sobre sí la tarea de incorporar el país al curso del pensamiento dominante en Europa.

De este grupo selecto formaron parte muchos médicos. Su obra mas inmediata, la mas trascendente desde el momento de obtener la libertad de acción la encontramos en el hecho histórico de la rotura con la tradición científica española para entregarse en cuerpo y alma a la ideología médica francesa cuyos principios y lineamientos son seguidos con respeto casi reverencial.

No es de extrañar por tanto, que, al menos en sus principios, y mas tarde también, cuando México busca y adopta una nueva postura científica dentro de la medicina, abraza la ideología sensualista derivada de Condillac, que para la época en que los mexicanos la adoptan ya estaba perfectamente evolucionada y convertida en esa escuela

anatomoclínica a la que antes nos referimos donde militaban Bretonneau, Broussais, Chomel, Andral, Louis y otros muchos notables clínicos y anatomopatólogos franceses de la primera mitad del siglo.

Basta repasar las publicaciones de la época para conocer exactamente la evolución de este fenómeno. El *Periódico* de la primera Academia de Medicina es prácticamente un canto de homenaje a Francia. Se traducen trabajos aparecidos en las revistas francesas, se escriben artículos sobre medicina mexicana redactados en estilo francés y se piensa siempre en el mismo sentido anatomoclínico imperante en los hospitales de Francia.

Pero no es esto solo sino que la enorme cantidad de médicos franceses llegados a territorio mexicano y los muchos médicos mexicanos que viajan a Francia, establecen una vía de comunicación por la cual llegan y se implantan en México, los adelantos de la medicina europea en continua renovación. Las ideas de Bichat, ya introducidas en los primeros años del siglo en la vieja Facultad y defendidas en varios actos de la todavía Real y Pontificia Universidad, se reafirman con la llegada de Guillermo Cheyne y Luis Jecker, anatomistas franceses de la nueva escuela, que entre los mexicanos encuentra seguidores de la talla de Manuel Carpio, Erazo, Pedro Escobedo y Casimiro Liceaga.

Las dos realizaciones máximas de la medicina mexicana durante este primer periodo de su contacto con el romanticismo europeo son: el Establecimiento de Ciencias Médicas, del que se

ocupara a continuación el doctor Aguirre Beltrán y la primera Academia de Medicina tema del que ya hemos tratado extensamente en otras ocasiones.

Antes de que acabe este primer periodo romántico de México encontramos en París a Gabino Barreda, precisamente en la cátedra de Augusto Comte, y su figura será el puente de enlace entre el primer romanticismo mexicano y lo que podemos llamar segunda floración romántica de México. Aquella que se establece a partir de 1867 cuando el país, liberado de invasiones e intervenciones extranjeras y apagada la guerra civil, empieza una labor de reconstrucción nacional, entre cuyas tareas la educación ocupa lugar preeminente orientada sobre las bases e ideas positivistas que Barreda implanta en imagen y semejanza de lo que había visto en París.

Este segundo romanticismo, cuya vigencia llega a nuestro siglo, enlazado con nuevas tendencias, confundido con el *Art Nouveau* y la famosa *belle époque* que tanto furor hace en los últimos años del siglo XIX, resultara para México uno de los momentos más trascendentales de su historia médica.

Una importante observación tenemos que hacer en este segundo romanticismo, pues así como en la primera época romántica de la medicina mexicana encontramos poca influencia del sector alemán, aunque existen autores, y Martínez del Río es uno de ellos, conectados con escuelas inglesas y algunos de los médicos y científicos que llegan y recorren el país en esos años —Sartorius, Schiede, Eherenberg, Liebmann— son típicos representantes del idealismo

científico, encontramos que su influencia es más notable en las ciencias naturales que en la medicina, entonces casi exclusivamente regida por normas francesas. En cambio durante la segunda mitad del siglo, cuando el interés por el progreso médico en México llega a su máximo auge se produce franco interés por la actividad de los países alemanes cuya *Naturphilosophie* ya había evolucionado hacia aquella verdadera Ciencia de la Naturaleza de donde surgirá el enorme auge que adquiere la ciencia alemana a fines del siglo XIX y principios de éste. Ejemplos mexicanos de esta aproximación a las escuelas médicas alemanas postrománticas los tenemos en Manuel Touissaint y en Angel Gaviño. Ambos viajan a Europa, recorren clínicas y laboratorios alemanes, entran en contacto con las primeras figuras del momento en los campos de la anatomía patológica y la bacteriología y, cuando regresan infunden a la medicina mexicana el espíritu de todo aquello que habían visto y recogido en sus viajes, plasmado en obras como el Instituto Patológico y el Bacteriológico que ambos dirigen.

Estos ejemplos según los cuales vemos como México recoge el pensamiento romántico, con cierto retraso en realidad, pero con buenos resultados, nos permite afirmar que no obstante haber sido un romanticismo trasnochado, fuera de época, resultó fecundo para que en México a través de las ideas positivistas se formasen en su suelo, Escuelas de Medicina, Academias y el extraordinario Instituto Médico Nacional, origen de otros no menos notables y en cuyo conjunto, tenemos que admitir

que la medicina mexicana de fin de siglo se había internacionalizado hasta adquirir nivel similar al de otros muchos países del momento con los cuales colabora y se confunde en congresos y publicaciones.

No tenemos tiempo de extendernos más en esta presentación cuyo único objeto es infundir en el ánimo de los historiadores médicos de México la idea de que el siglo XIX, orientado por ideas de origen romántico, dirigido por un pensamiento positivista, realmente modificado en su esencia, pero adaptado al medio mexicano, y con

realizaciones propias y originales, alcanza, para finales de siglo, mayoría de edad científica suficiente para colaborar con dignidad en el concierto médico universal.

NOTAS

1. *Diccionario de literatura española*. (Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1964). Capítulo "Romanticismo", p. 700.
2. Un excelente estudio sobre el aspecto científico del romanticismo aparece en el libro de Pedro Lain Entralgo. *Historia de la medicina moderna y contemporánea*. Barcelona, Ed. Científica Médica, 1963. Sección Cuarta: "Medicina del Romanticismo", p. 363.

II

EL ESTABLECIMIENTO DE CIENCIAS MEDICAS DURANTE EL ROMANTICISMO¹

DR. GONZALO AGUIRRE-BELTRÁN²

EL ESTABLECIMIENTO de Ciencias Médicas se funda por los años treinta del pasado siglo, apenas una década después de que el país logra liberarse de la dominación extranjera. La fundación del Establecimiento no viene a ser sino uno más de los episodios encaminados a configurar una nación con una estructura social y un sistema institucional distinto al del antiguo régimen. Por todos es bien sabido cuán difíciles

son los primeros pasos del Establecimiento al que se da por encomienda el adiestramiento y capacitación de médicos, cirujanos, parteras, farmacéuticos, dentistas y flebotomianos. Por ley de 23 de octubre de 1833 se ordena la primera fundación del Establecimiento, que funciona endeble y se clausura para volver a ser fundado en 1838; sufre las consecuencias de las luchas que sostienen liberales y conservadores y se consolida definitivamente en 1867, cuando el Dr. Gabino Barrera le da un sólido cimiento con la invención de la

¹ Trabajo de sección presentado en la sesión ordinaria del 23 de julio de 1969.

² Académico numerario, Instituto Indigenista Interamericano.